

Anatomía de un partido de oposición mexicano: la estructura del juego político en el Partido de la Revolución Democrática (1989-1997)

Anne Pivron

Analizar los partidos políticos *como grupos*, los cuales ciertamente no fueron “fundados” por sus iniciadores para jugar al cricket, sino para intervenir en el mercado político, pero que son susceptibles de producir *efectos* muy diferenciados y de ser el objeto de *inversiones* y de *usos sociales* muy diversificados: ya no se trata de comprender *para qué sirven los partidos* (si sirven para algo, no sirven para lo mismo para todos), sino de entender *cómo “sirven” los agentes sociales interesados por los partidos y cómo aquéllos “se sirven” de éstos de muy diversas maneras.*

Michel Offerlé, *Les partis politiques*, pp. 10-11.

LA INTENCIÓN DE ESTE ARTÍCULO consiste en proponer una lectura del proceso de institucionalización del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en el curso de sus nueve primeros años de existencia, tomando como ángulo de observación las dinámicas en que se forman las alianzas internas.¹ Éstas constituyen un caso para el análisis de la organización de los partidos políticos,² según la cual un partido político se define

¹ Nos apegamos al análisis de la institucionalización propuesto por Berger y Luckmann, para quienes un orden se vuelve institucionalizado “cuando ha llegado a la objetividad”; lo que se entiende como el conjunto de los procesos que contribuyen a inscribir las relaciones sociales, y las reglas en uso de éstas, en el orden de una realidad objetiva, es decir, percibida como exterior a los individuos, imponiéndoseles y gobernando sus comportamientos. Véase Peter L. Berger, y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality*, Nueva York, Anchor Books, 1967, pp. 47-128.

² De tradición weberiana, el análisis *organizacional* de los partidos insiste en las luchas de poder, y se distingue de los análisis *sociales*, de tradición marxista, que ponen

como un campo de fuerzas en el que las personas entran en competencia para adquirir una posición de poder o por el control mismo de la organización partidista.³ La dinámica de la competencia encuentra su origen en la articulación de tres niveles de intereses: los individuales de los actores políticos, sectoriales de grupo y el interés colectivo del conjunto de la élite partidista; la integración simultánea de estos tipos de interés —del cual derivan no sólo las tensiones sino también las colusiones entre actores— forma lo que hemos llamado la estructura interna del juego político.

La vida de los partidos se caracteriza por una sucesión de periodos de unidad y por negociaciones internas entre los actores políticos, durante los cuales las posibilidades de deslinde de los grupos se acentúan y luego se materializan. Estos alineamientos se forman en función del volumen y del tipo de *recursos* acumulados por cada uno de los actores, y es al observar la distribución —desigual— de los recursos que han adquirido, y luego el uso estratégico que hacen de ellos cuando se definen las apuestas de poder, cuando comienza a cobrar sentido la *relación partidista*; es decir, la estructura del juego. El PRD, en esta perspectiva, se comprende como una estructura de oportunidades políticas, una institución que por su sola existencia otorga nuevos recursos a sus miembros e incrementa así el compromiso y la dependencia de estos últimos con respecto a la organización partidista.

Es esencial comprender correctamente, antes de comenzar, el principal objetivo de este enfoque: no se busca considerar que las acciones de los actores políticos obedecen a finalidades estratégicas que no se les impondrían sino por lógicas de competencia; más bien, se trata de establecer la *relación* entre las predisposiciones de los actores y las estrategias que adoptan.⁴ Asimismo, el análisis de las relaciones implica que la pertinencia de los recursos de los actores *varía* en función de los contextos y de los espacios de competición: por tanto, no son las mismas ni en el espacio ni en el tiempo. Sólo así, por ejemplo, se dejará de considerar

en correlación a los partidos con las divergencias sociales presentes en una sociedad dada. Véase Frédéric Sawicki, "Où en est la sociologie des partis politiques?", en F. Sawicki, *Les réseaux du Parti Socialiste. Sociologie d'un milieu partisan*, París, Belin, 1997, pp. 7-16.

³ Este paradigma es ampliamente dominante en la ciencia política actual; entre las obras significativas recientes, podemos mencionar: Joseph Schlesinger, *Political Parties and the Winning of Office*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1991, y Richard S. Katz y Peter Mair, *How Parties organize. Change and Adaptation in party organizations in Western Democracies*, Londres, Sage, 1994.

⁴ Nuestro estudio entra en el marco de análisis propuesto por los teóricos de la interacción estratégica, en particular de Michel Offerlé, quien se concentra en la relación entre los "capitales incorporados" de los actores y el "capital colectivo objetivado" de los partidos políticos. Véase Michel Offerlé, *Les partis politiques*, París, Que sais-je?, 1987, pp. 26 y ss.

el “carisma” del fundador del PRD como lo que no es, a saber: un recurso inmutable y hasta trascendental de Cuauhtémoc Cárdenas. Pero luego volveremos a esto.

Cuatro meses después de las elecciones presidenciales del 6 de julio de 1988, ganadas por Carlos Salinas de Gortari —candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI)—,⁵ el principal perdedor, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, hizo un llamado para formar un nuevo partido político.⁶ Diez meses más tarde se reunieron 60 000 personas en la Plaza de la Constitución de la capital para asistir al nacimiento del Partido de la Revolución Democrática. Creado el 5 de mayo de 1989, desde su origen, el PRD fue el producto —y casi la propiedad— de su fundador, Cuauhtémoc Cárdenas: un hombre que, más allá de sus recursos personales o heredados, tenía a su favor unos treinta años de militancia en el PRI antes de integrarse a la oposición. En el transcurso de un decenio, el PRD llegó a convertirse, no sin dificultades, en la tercera fuerza política de la República Mexicana.⁷ Si la institucionalización del PRD en el marco de la competencia electoral no constituye la única explicación de sus éxitos electorales,⁸ de todos modos es uno de sus factores determinantes.

Las variables estructurales fundamentales del Partido de la Revolución Democrática son la presencia de un líder carismático y la yuxtaposición de grupos heterogéneos con capitales políticos y sociales distintos.⁹ Des-

⁵ Cerca de 10 millones de votantes, según cifras oficiales, se manifestaron en favor de Carlos Salinas de Gortari, es decir 50.36% de los sufragios, mientras que Cuauhtémoc Cárdenas obtuvo 6 millones de votos (31.12%), y Manuel Clouthier, candidato del Partido Acción Nacional (PAN) recibió 3 millones (17.07%). Los resultados oficiales de las elecciones de 1988 fueron muy impugnados por la oposición.

⁶ El llamado del 21 de octubre de 1988 tuvo por título “Llamamiento al pueblo de México: a construir el PRD”, *Archivo del PRD*, 1989.

⁷ Luego de haber sufrido un importante revés en las elecciones legislativas de 1991 (8% de los sufragios), el PRD llevó al doble su marca electoral en 1994 (16.71%) y alcanzó más de 25% de los votos en las elecciones legislativas de 1997. La primera elección del jefe de Gobierno de la ciudad de México por sufragio universal directo, el 6 de julio de 1997, representó una victoria indiscutible de Cuauhtémoc Cárdenas, quien obtuvo el 49% de los sufragios, y del PRD, que logró la mayoría absoluta en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. Para 1997, el PRD gobernaba a 18 millones de mexicanos.

⁸ Las motivaciones del voto constituyen un campo de estudio que compete a la sociología electoral, y sus variables no podrán limitarse sólo a las dinámicas internas de un partido en formación. Recomendamos, en especial, los trabajos de Guadalupe Pacheco Méndez y de Silvia Gómez Tagle.

⁹ Los capitales incorporados —o recursos— de los agentes son de tres órdenes: el capital político se adquiere en el curso de la carrera política (militancia, puestos electivos, puestos ejecutivos); el capital social se refiere al estatuto del agente en la sociedad (extracción de clase, posición social, redes de relaciones); y el capital simbólico tiene que ver, en general, con el carisma de la persona. Véase Michel Offerlé, *op. cit.*, p. 60.

de el nacimiento del partido, la diversificada composición de su dirigencia ha sido percibida como la causa de una discrepancia entre un "PRD conciliador" y un "PRD intransigente" encarnado por la posición de Cuauhtémoc Cárdenas. En realidad, las tensiones que resultan de la conjugación de un liderazgo con la construcción de un partido político, y las diferencias de concepción de la política entre dirigentes sociales y cuadros de partidos, entran en una misma problemática, que es el vínculo entre el conjunto de los actores y las instituciones políticas de México.¹⁰ Nuestra hipótesis consiste en que estas tomas de posición constituyen no un efecto o una consecuencia de concepciones ideológicas que se relacionarían con una "identidad originaria" de los grupos, sino que forman, por el contrario, un recurso táctico que permite a los protagonistas avanzar en el tablero político interno y adquirir poder.

Vinculado con el proceso de institucionalización del PRD, el juego político de Cuauhtémoc Cárdenas dentro del organismo merece una especial atención. En efecto, las dinámicas en que se basa la consolidación del liderazgo de un individuo y las que se vinculan con la construcción de un instituto político se prestan a la disociación: la presencia de un líder carismático casi siempre puede considerarse como un obstáculo para que se institucionalice una organización partidista.¹¹ Nuestra segunda hipótesis, que invita a poner en entredicho lo bien fundado de esta disociación, es que el juego político de Cuauhtémoc Cárdenas tuvo efectos institucionalizadores en la organización política, y ello, con seguridad, independientemente de las intenciones explícitas del líder.

I. La "salida" de Cuauhtémoc Cárdenas: cómo apropiarse de una nueva oportunidad política (1989-1993)

La composición del PRD muestra desde muy temprano una profunda heterogeneidad, señalada esencialmente por la coexistencia de los ex priistas

¹⁰ La contribución de Jean-François Prud'homme para conocer el impacto de las coacciones externas en el juego estratégico interno del PRD es, a la vez, pionera y muy enriquecedora. En especial, el autor insiste en el hecho de que "los éxitos (o los fracasos) electorales o en la negociación de las reglas del juego tienen repercusiones directas en la producción de los equilibrios internos y en la elaboración de nuevas estrategias", Jean-François Prud'homme, *El PRD: su vida interna y sus elecciones estratégicas*, CIDE, Documentos de trabajo, núm. 39, 1996, p. 2; y del mismo autor, véase "Las elecciones de 1994: la negociación de las reglas del juego", *Trace*, núm. 27, junio, 1995.

¹¹ Esta tesis es defendida por Angelo Panebianco, siguiendo a Max Weber, *Political Parties: Organization and Power*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 53 y 66.

que rompieron con el poder, de las élites partidistas de la izquierda institucionalizada y por último, de dirigentes de organizaciones sociales, civiles y populares procedentes, algunas de ellas, de la izquierda social revolucionaria. La esperanza de construcción de nuevas oportunidades políticas se depositó en Cuauhtémoc Cárdenas, quien federaba esta diversidad de temperamentos. Coordinador general del PRD a partir del 5 de mayo de 1989, Cuauhtémoc Cárdenas fue elegido, prácticamente por unanimidad, como presidente del PRD para un periodo de tres años, con ocasión del Primer Congreso Nacional del partido que tuvo lugar en noviembre de 1990. Sin embargo, la consagración del líder moral de la organización no tiene por qué oponerse a la instauración de una primera estructura de intercambio entre los protagonistas del movimiento ni a la obtención de ganancias políticas desde que se funda el nuevo partido.

El intercambio estratégico de la coalición cardenista

“Nacido el 6 de julio”, si retomamos una expresión favorita de sus fundadores, el PRD fue al principio el partido de un hombre: Cuauhtémoc Cárdenas, y constituía la primera expresión política e institucional de un movimiento: el neocardenismo. Este movimiento se origina en el seno del PRI, con la creación de la Corriente Democrática¹² en el otoño de 1986, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y Rodolfo González Guevara. La primera manifestación de la Corriente Democrática tuvo lugar el 21 de mayo de 1986, cuando estas tres personas publicaron un documento sobre la democratización del PRI.¹³ La principal reivindicación del documento se refería a democratizar el procedimiento de elección del candidato oficial a las elecciones presidenciales, mediante el voto colectivo de los militantes. Esta proposición cuestionaba directamente el poder tradicional de los presidentes de la República para designar a su sucesor.¹⁴ Formalizada en otoño de 1986, la Corriente Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas en el partido no sobrevivió más que unos cuantos meses:¹⁵ acusados

¹² Sobre la formación de la Corriente Democrática, véase el agudo análisis de Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath: the Emergence of a New Cardenista Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 1996.

¹³ Los miembros de la Corriente Democrática presentaron su primer documento de programa el 10 de octubre de 1986 en Morelia, capital del estado de Michoacán, bastión del cardenismo y de donde es originaria la familia Cárdenas.

¹⁴ Los argumentos ideológicos de los disidentes han sido expuestos en un libro publicado por uno de los principales promotores de la tendencia democrática. Véase Porfirio Muñoz Ledo, *Compromisos*, México, Posada, 1988.

¹⁵ Porfirio Muñoz Ledo ha afirmado que, en sus principios, la Corriente Democrática había sido concebida como un modo de presión interna, no como un movimien-

públicamente por la dirección del PRI de romper la unidad interna,¹⁶ Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo abandonaron oficialmente el PRI el 23 de junio de 1987, y el primero fue escogido como candidato de la Corriente Democrática para las elecciones presidenciales el 3 de julio de 1987.¹⁷ Un mes más tarde, los líderes de la Corriente Democrática hicieron pública la presentación de Cárdenas como aspirante para los comicios presidenciales de julio de 1988, y materializaban así su “salida” del partido desafiando abiertamente al candidato oficial en la arena electoral.

Los apoyos: los recursos políticos institucionalizados

La formación de una corriente democrática interna en el PRI, y luego la de una coalición electoral con los partidos de la izquierda parlamentaria, ilustran la primera construcción de los apoyos a la candidatura de un político emergido del sistema oficial. Paralelamente, comprometerse con la coalición suponía, de antemano, que los actores movilizados se ajustaran al cálculo de los costos y de los beneficios que esta adhesión acarrearía. Para muchos dirigentes, la adhesión implicaba importantes sacrificios, como ceder un espacio de poder, transferir recursos propios y renunciar a ocupar el espacio codiciado por Cuauhtémoc Cárdenas. No obstante, estos hombres escogieron en un caso la salida del PRI y en el otro la adhesión al movimiento electoral.

La salida de Cárdenas y de Muñoz Ledo se asoció con la llegada al poder de una nueva generación de tecnócratas a partir de 1982, la cual habría provocado su progresiva marginación. Si bien es apresurado hablar “de exclusión” de la clase política tradicional desde el advenimiento de los tecnócratas,¹⁸ en cambio es más verosímil pensar que las dos grandes personalidades del PRD abrigaban ambiciones de carrera que iban más allá de lo que el sistema de patrocinio presidencial les hubiera podido ofrecer: distanciados de los nuevos equipos de tecnócratas, sus posibili-

to de ruptura. Entrevista con Porfirio Muñoz Ledo, París, 20 de marzo de 1990.

¹⁶ Sobre este punto, véase el “Acuerdo de la Comisión Nacional de Coordinación Política del Partido Revolucionario Institucional, para condenar, rechazar y denunciar las acciones políticas que llevan a cabo Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y Porfirio Muñoz Ledo”, en PRI, *Historia documental*, tomo 14, (22 de junio de 1987) 1986-1987, ICAP, pp. 581-583.

¹⁷ Jorge Laso de la Vega, *La Corriente Democrática. Hablan los protagonistas*, Posada, México, 1997, p. 193.

¹⁸ La hipótesis de la exclusión ha sido cuestionada por Anne Pivron, *Transformations du parti dominant et changement politique au Mexique. Une introduction aux règles du système politique*, París, Instituto de Estudios Políticos, 1997 (tesis de grado).

dades de ascenso eran limitadas. En el caso de Cuauhtémoc Cárdenas, quien había sido subsecretario Forestal y de la Fauna en la Secretaría de Agricultura y Ganadería hasta 1980 y luego gobernador del estado de Michoacán hasta 1986, sus posibilidades de ascenso en el gobierno no sólo se habían reducido, sino que eran inaceptables para un hombre que deseaba llegar a la presidencia de la República. Algo parecido ocurrió con Porfirio Muñoz Ledo, cuya carrera política dentro del sistema había llegado a su apogeo en los años setenta.¹⁹ Poco antes de la formación de la Corriente Democrática, Porfirio Muñoz Ledo y Rodolfo González Guevara estaban apartados de los circuitos de poder, al ocupar el primero el puesto de representante permanente de México ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) de 1982 a 1985, y el segundo, el de embajador en España de 1984 a 1987.

La “salida” del PRI de miembros distinguidos de la clase política se explica ante todo por la consolidación de la competencia electoral; ésta se manifestaba como una estructura real de oportunidades que permitía a estos actores, dotados de importantes capitales políticos, no sólo continuar su carrera, sino sobre todo perseverar en su ascenso en el sistema. Cabe subrayar que las oportunidades de carrera que se ofrecían a los miembros de la clase política priista eran relativamente independientes del éxito o del fracaso de Cárdenas en las elecciones, y en cambio dependían de la continuidad que adquiriría el movimiento con la construcción de un nuevo partido político. Por otra parte, la estructura de la competencia electoral era la base de una convergencia de intereses entre hombres que, aunque pertenecían al PRI, no formaban parte de los mismos equipos: la alianza de estos actores con trayectorias distanciadas no se formó a partir de redes clientelares o de amistad, y por tanto se trató de una alianza *estratégica*. Los miembros de la Corriente Democrática constituyeron el primer cuerpo de apoyo a la candidatura de Cárdenas, y los principales organizadores del movimiento con el que contraería una deuda.

La estrategia de los actores de esta corriente consistió en movilizar a varios partidos de oposición ya existentes, a fin de constituir una alianza

¹⁹ Consejero técnico de la Presidencia de la República entre 1964 y 1968 a la edad de 31 años, Porfirio Muñoz Ledo fue, al mismo tiempo, subdirector general de Educación Superior y de Investigación Científica de la Secretaría de Educación; fue miembro del Consejo Consultivo del gobierno mexicano en la UNESCO (1962-1965); consejero cultural de la embajada de México en Francia (1965-1966) y secretario general del Instituto Mexicano del Seguro Social (1966-1979). Amigo del presidente Echeverría, fue nombrado subsecretario en la presidencia de la República entre 1970 y 1972, y luego secretario del Trabajo y de Previsión Social de 1972 a 1975. Secretario de Educación en la presidencia de López Portillo entre 1976 y 1977, vino nuevamente a ser consejero de la presidencia de la República entre 1978 y 1982.

electoral²⁰ y un apoyo institucional a su candidatura. Ésta materializó la formación de una coalición electoral —el Frente Democrático Nacional (FDN)— constituido por cuatro partidos políticos.²¹ Presentado oficialmente como candidato del PARM (Partido Auténtico de la Revolución Mexicana) el 5 de julio de 1987, Cárdenas fue apoyado poco después por el PPS (Partido Popular Socialista), por el PFCRN (Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional) y por el PMS (Partido Mexicano Socialista). El testimonio de Cuauhtémoc Cárdenas confirma su elección de plantear, desde el inicio del juego, su lucha en el marco de la institucionalidad:

Es en marzo de 1987 cuando se da la ruptura, tras el discurso de Jorge de la Vega en el cual nos ofende con una serie de calificativos que nosotros rechazamos. Seguimos siendo miembros del partido hasta octubre [de 1986], y luchamos todavía entonces dentro del partido, cubriendo diversas regiones del país y llamando a los militantes del PRI a unirse al esfuerzo de la Corriente Democrática. Después vino la designación del candidato Carlos Salinas por Miguel de la Madrid y tuvimos que tomar una decisión: o nos plegábamos a la decisión o tomábamos otra salida; y es esto lo que finalmente hicimos: buscamos la posibilidad de entrar en la competencia electoral. La Corriente Democrática optó por la participación electoral bajo la égida de otro emblema partidista, y es entonces cuando acepté ser el candidato del Partido Auténtico, el PARM, y luego del PPS y del PFCRN.²²

Creado diez meses después de la elección presidencial de 1988, el PRD no constituía más que parcialmente una formación partidista de la coalición electoral originaria. Sobre este punto, Porfirio Muñoz Ledo ha reconocido la naturaleza efímera del FDN, el cual fue, según él, “un espíritu más que un partido, un polo de atracción más que una organización; no era un instrumento electoral, sino un apoyo a la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas”.²³ De este modo, esta coalición reunió en la oposición, por primera vez, a los partidos satélites —PPS y PARM— que tradicionalmente habían apoyado al candidato oficial del PRI a la presidencia, y a la izquierda política cuyo avance institucional se aceleró a partir de la reforma electoral de 1977.

²⁰ Los recursos de los partidos de oposición se vieron capitalizados por la salida de los protagonistas. Véanse los avances teóricos de Albert Hirschmann, *Exit, Voice, and Loyalty*, Cambridge, Harvard University Press, 1970.

²¹ Esta coalición daba al candidato la posibilidad legal de participar en las elecciones, es decir, en representación oficial de un partido político registrado ante las autoridades electorales competentes.

²² Entrevista con Cuauhtémoc Cárdenas, México, 24 de abril de 1995.

²³ Entrevista, París, 20 de marzo de 1990.

En realidad, los dirigentes del PPS y del PARM no tenían nada que perder al apoyar a Cárdenas en la medida en que el capital político acumulado por estas organizaciones seguía siendo insuficiente para lanzar un candidato a las elecciones presidenciales. Lo que importaba era, por un lado, alcanzar unos resultados electorales mínimos para conservar su registro legal y, por el otro, mantener sus candidaturas a los puestos electivos parlamentarios; sobre este punto, como lo ha indicado Jean-François Prud'homme, la candidatura de Cárdenas podía incluso acarrear algunas victorias electorales.²⁴

Se preservaba el acuerdo fundamental, pues el FDN no operaba sino para apoyar al candidato Cárdenas, y cada partido conservó sus prerrogativas para las elecciones legislativas.²⁵ Una vez pasada la elección, tres de cuatro elementos constitutivos de la coalición decidieron mantenerse al margen de la futura formación, para de este modo evitar el riesgo de perder los privilegios que habían logrado como partidos políticos ya constituidos. Este ángulo de análisis nos permite comprender por qué el Partido Mexicano Socialista fue el último partido en adherirse al FDN: el PMS tenía intereses constituidos y presentaba un candidato para la elección, Heberto Castillo, quien contaba en sus activos con capitales políticos no sólo propios sino considerables. En tales circunstancias, adherirse a la coalición y el retiro de Castillo implicaban un sacrificio mucho más importante que en el caso de los otros partidos.

El control de las posiciones de poder

Los primeros meses que siguieron a la constitución formal del partido fueron señalados por la consagración de Cuauhtémoc Cárdenas como presidente del mismo y por la integración equilibrada de la mayor parte de las corrientes que habían participado en la campaña de afiliación. La primera secretaría del partido, conformada poco después del llamamiento del 21 de octubre de 1988, estaba compuesta por once personas que provenían, en su mayoría, de la Corriente Democrática y del PMS, pero se ofrecieron puestos directivos en la Comisión Coordinadora,²⁶ en el Co-

²⁴ Jean-François Prud'homme, *El PRD...*, *op. cit.*, p. 6.

²⁵ La coalición no se extendió al campo parlamentario: el PMS-CD obtuvo 34 diputados; el PFCRN, 39; el PPS, 36; y el PARM, 30.

²⁶ Cuatro de siete miembros provenían de la Corriente Democrática: Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Moisés Rivera y Ricardo Valero Becerra. Heberto Castillo y Arnoldo Martínez Verdugo, procedentes del PMS, también formaban parte de esta comisión, así como Mario Saucedo, en nombre de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria.

mité Ejecutivo Nacional así como en el Consejo Nacional,²⁷ formados el 5 de mayo de 1989, a la mayor parte de los líderes de partidos y organizaciones. El carácter todavía indefinido de las estructuras orgánicas del partido se puso de manifiesto por el elevado número de puestos disponibles en los diversos órganos de la dirección nacional, lo que permitiría asegurar la representación proporcional de las diversas tendencias.²⁸

El que hayan sido los ex priistas quienes obtuvieron el control del PRD se debe a los vínculos que éstos mantenían en el pasado con las autoridades del sistema. El predominio de los miembros de la Corriente Democrática se manifestó en el elevado número de puestos que ocuparon y por la importancia de tales posiciones. Así, los miembros de esta corriente constituían aproximadamente 40% del primer Comité Ejecutivo perredista, en el que Muñoz Ledo estaba a cargo de la de Organización del partido, Moisés Rivera de la de Finanzas y Ricardo Valero en la de Relaciones Internacionales; por sí solos, estos tres hombres controlaban la estructuración interna del PRD, pero también las relaciones internacionales del partido, función que con el tiempo adquirió muchísima importancia.

Asimismo, el control de la Corriente Democrática se extendía a las cúpulas de la fracción parlamentaria del PRD; así, no sólo los cuatro senadores perredistas elegidos en 1988 pertenecían a esta corriente, sino que la coordinación de los grupos parlamentarios del PRD en la LIV Legislatura (1988-1991) estaba también en sus manos.²⁹ Después de 1993, los "porfiristas" mantuvieron el control del grupo parlamentario del PRD por el intermedio de Ricardo Valero y de Robles Garnica; en 1995, Ricardo Valero fue nombrado representante del partido ante el Instituto Federal Electoral, posición privilegiada en las relaciones con el gobierno. Estas diversas atribuciones manifiestan, además, la existencia de posiciones múltiples, lo que permite que una sola persona acumule al menos dos funciones y ejerza así un control sobre varias instituciones. De este modo, por ejemplo, los cuatro senadores formaban también parte del Comité Ejecutivo Nacional del PRD.³⁰

²⁷ En forma paralela, los dirigentes crearon un Comité Nacional Promotor y una Secretaría Nacional, y anunciaron la formación regional de comités de base municipales.

²⁸ Cerca de 35 personas integraban el CEN y más de 300 el Consejo Nacional.

²⁹ Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez, Roberto Robles Garnica y Cristóbal Arias fueron senadores por el Distrito Federal y por el estado de Michoacán. Electo para seis años, Robles Garnica fue nombrado coordinador de los senadores del PRD con vigencia a 1993, e Ignacio Castillo Mena, otro ex militante del PRI, lo fue como coordinador de la fracción parlamentaria del PRD.

³⁰ Porfirio Muñoz Ledo fue simultáneamente senador y secretario de Organización, luego presidente del partido; Ifigenia Martínez, senadora, secretaria de Estudios y del Programa del partido; Cristóbal Arias, senador por Michoacán y secretario de los movimientos campesinos en el CEN, y Robles Garnica, coordinador de los senadores en el mismo.

Aquí lo importante es destacar la importancia del PRD como estructura de oferta y de oportunidades políticas para los dirigentes que apoyaron la candidatura de Cárdenas. El reparto de los puestos y la importancia de las posiciones fue proporcional al grado de capital político acumulado por los diferentes actores, y es así cómo los miembros de la Corriente Democrática llegaron a controlar el aparato del partido, en tanto que los líderes sociales adquirieron las primeras posiciones políticas.

Los repertorios de acción del PRD o la tentativa de deslinde del partido

En sus primeros años de existencia, el PRD se caracterizó por su intransigencia. La impugnación sistemática de las acciones del gobierno de Carlos Salinas reforzó la imagen de un partido contestatario poco inclinado al diálogo y a la conciliación. Sin abandonar los principios de la Revolución Mexicana, el ingreso de la Corriente Democrática en la oposición obligó a los dirigentes a eliminar cualquier referencia al PRI y a reivindicar un programa económico proteccionista e intervencionista del Estado.³¹

Contrario a la política liberal ejercida en México desde principios de los ochenta, el programa económico promovido por los dirigentes constituyó una primera ofensiva del PRD contra el régimen. Durante la presidencia de Salinas de Gortari, este partido se dedicó por completo a denunciar todas las transformaciones ligadas al proyecto modernizador: el abandono del papel del Estado benefactor con la reducción del sector paraestatal y las privatizaciones; la explotación de los trabajadores mexicanos en el Tratado de Libre Comercio (TLC); la demagogia de la política social del Programa Nacional de Solidaridad y la vuelta a los latifundios con la reforma agraria; señalaron un discurso radical y proyectaron la imagen del partido de oposición "auténtico". Las hostilidades en contra del régimen se dirigieron también contra personas: así, la derrota oficial de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 puso a éste en una posición de conflicto personal directo con el presidente Salinas, con quien rechazó cualquier diálogo; asimismo, el PRD y Cárdenas intentaron llevar ante la justicia a algunos altos funcionarios.³²

³¹ Para un estudio de estos repertorios de acción en una coyuntura de movilización electoral, véase Anne Pivron, "Partidos y candidatos en la campaña presidencial de 1994. Los repertorios de acción colectiva e individual", *Trace*, núm. 27, junio, 1995, pp. 58-61.

³² El 4 de diciembre de 1990, Cárdenas exigía la destitución del procurador de Justicia; el 23 de noviembre de 1992, el PRD pidió que se procediera legalmente en contra del secretario de Educación, Ernesto Zedillo, petición que fue rechazada por la

Asimismo se utilizó el fraude electoral como un recurso estratégico por parte de un partido de oposición que se aprovechó de la incredulidad de los electores con respecto a los procesos electorales. El fraude fue objeto de denuncias públicas, así como de acusaciones penales, pues la dirección del PRD envió en dos ocasiones a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos una demanda por la “anulación masiva del sufragio universal y la adulteración del derecho del voto”.³³ La impugnación de los resultados oficiales de muchas regiones electorales que tuvieron lugar en el curso del sexenio salinista se inscribe en la continuidad de las movilizaciones posteriores al 6 de julio de 1988: bloqueos de carreteras, ocupación de ayuntamientos, “plantones” permanentes de manifestantes a la entrada de edificios y establecimiento de concejos municipales paralelos.³⁴ El 16 de julio de 1992, el candidato vencido del PRD a la gubernatura de Michoacán, Cristóbal Arias, se autoproclamó “gobernador moral” y el 15 de septiembre, día de la Independencia Nacional, lanzó el “grito de Hidalgo” a unos cuantos metros del palacio de gobierno, apropiándose así, en nombre del PRD, del ejercicio de la conmemoración de los símbolos nacionales.³⁵

Sin embargo, subrayemos la diferencia que conviene hacer entre las denuncias de fraude pronunciadas por la dirección nacional del partido y las movilizaciones “espontáneas”, regionalizadas, de los militantes y de los simpatizantes del partido. En el primer caso, el fraude electoral se convierte en un *recurso* utilizado por los dirigentes para elaborar una estrategia, mientras que, en el segundo, se trata de acciones y reacciones políticas. Estos movimientos de resistencia, que “rechazaban someterse

comisión parlamentaria; el 7 de enero de 1991, el PRD presentó una demanda ante la ICR contra el presidente Carlos Salinas de Gortari, el secretario de Gobernación Patrocinio González Garrido, y el director del periódico gubernamental *El Nacional*, Pablo Hiriart, por difamación.

³³ El 14 de febrero de 1992 y el 27 de febrero de 1993. Seguimiento hemerográfico.

³⁴ Esto ocurrió durante las elecciones legislativas locales de Michoacán del 2 de julio de 1989, cuando se ocuparon 32 ayuntamientos, entre los cuales aparecieron 21 concejos municipales paralelos, nuevamente el 2 de diciembre de 1989 en Michoacán y Guerrero; en mayo de 1990, otros 22 ayuntamientos michoacanos fueron ocupados, de éstos, 18 fueron suplantados por ayuntamientos paralelos; el 7 de febrero de 1991, los perredistas volvieron a tomar una alcaldía en el estado de Hidalgo; y en diciembre de 1991, en Tabasco, el dirigente local Andrés Manuel López Obrador convocó a sus militantes a un movimiento de resistencia civil para impedir que los alcaldes priistas ocuparan su puesto. El 9 de diciembre de 1992, seis comités municipales de Michoacán fueron tomados por asalto. Seguimiento hemerográfico.

³⁵ Miguel Hidalgo inicia la guerra de Independencia contra los españoles el 15 de septiembre de 1810, cuando lanzó el “grito de Independencia”, liberó prisioneros y convocó a la insurrección.

a las directivas de los partidos nacionales”,³⁶ rara vez obtuvieron el aval de la dirección nacional del PRD, y las bases campesinas no politizadas a menudo entraron en conflicto con los cuadros intermedios del partido. Contrarias a las prácticas locales e ignoradas por los militantes regionales, las consignas eran letra muerta y no se impuso la disciplina de partido.³⁷ Estas acciones violentas, en desajuste con las llamadas al orden de la dirección nacional, pusieron de manifiesto la falta de control de ésta sobre sus bases.

De esta manera, la violencia poselectoral en los estados fue objeto de una recuperación estratégica por parte de los dirigentes radicales del PRD, lo que contribuyó a difundir la imagen de un partido víctima de la represión de las autoridades.³⁸ Cuauhtémoc Cárdenas evocaba en el Primer Congreso Nacional del PRD, en noviembre de 1990, el asesinato de 81 militantes, mientras que la Comisión de Derechos Humanos del grupo parlamentario del partido publicaba en 1994 un libro concebido como un informe detallado sobre las detenciones, los asesinatos y las desapariciones de sus militantes: se preparó una lista de 250 víctimas entre junio de 1988 y mayo de 1994.³⁹ El fraude no sólo constituyó un recurso dentro de los límites del territorio, sino que fue particularmente rentable cuando sus líderes se desplazaron al extranjero —principalmente a los Estados Unidos, pero también a Europa—, en donde la denuncia del “fraude mexicano”, que siempre recibe un eco favorable, fue utilizada con habilidad para demeritar la imagen del régimen en el extranjero.

Fundados en la confrontación con el régimen, vale la pena asociar los repertorios de acción del PRD con los tres niveles de intereses —individuales, de grupos y colectivos— antes mencionados. El primer nivel tiene que ver precisamente con Cuauhtémoc Cárdenas, promotor del discurso radical. En efecto, la intransigencia en el discurso es la manifestación más tangible del control de Cárdenas sobre la definición misma de la imagen proyectada por el PRD, en detrimento de la posición “dialo-

³⁶ Georges Couffignal, “À quoi sert de voter en Amérique Latine?”, en G. Couffignal (coord.), *Réinventer la démocratie. Le défi latino-américain*, París, PENS, 1992, p. 35.

³⁷ Entrevista con Raúl Álvarez Garín, ciudad de México, 15 de enero de 1991.

³⁸ Los deslizamientos de los militantes o simpatizantes del PRD hacia acciones ilegales constituyeron para sus adversarios un recurso que les permitió estigmatizar al PRD como un partido violento. Este punto se ilustra en Kathleen Bruhn y Keith Yanner, “Governing Keith, under the enemy. The PRD in Michoacán”, en Victoria E. Rodríguez y Peter M. Ward, *Opposition Government in Mexico*, Nuevo México, University of New Mexico Press, 1995, p. 120.

³⁹ Secretaría de Derechos Humanos, *En defensa de los derechos humanos: un sexenio de violencia política*, México, Grupo Parlamentario del PRD, 1994 (gráfico anexo).

guista” de los dirigentes del partido, es decir, de los miembros de la Corriente Democrática. En segundo lugar, la construcción de su liderazgo suponía consolidar la imagen de un líder de masas. El PRD reunió desde el principio a militantes, dirigentes, movimientos y líderes sociales procedentes de todos los horizontes: ex guerrilleros activos en la década de los setenta, dirigentes de asociaciones de barrios populares, ideólogos maoístas, partidos sin registro legal, movimientos como las Fuerzas Progresistas o el MAS (Movimiento al Socialismo), todos ellos constituyen algunos ejemplos de múltiples adhesiones a la campaña nacional de afiliación. En el momento de su fundación, el PRD era una amplia reunión de organizaciones políticas y sociales, más o menos institucionalizadas, más o menos familiarizadas con el juego político y las reglas institucionales del sistema.

Las movilizaciones forman parte de los repertorios de acción comunes en las organizaciones sociales; son su lenguaje y conforman el núcleo de sus actividades, cosa que convergía con la formación del liderazgo de Cárdenas. Es así como las movilizaciones de impugnación permitieron atraer al movimiento a los sectores no politizados de la sociedad. Si esta forma de proselitismo era beneficiosa para Cárdenas, lo era también para el partido en la medida en que permitía extender las redes de consolidación del PRD a los grupos organizados de la sociedad civil. La expresión tan frecuente de “partido-movimiento” con que se calificaba al PRD encontró un fundamento legítimo en las tomas de posición del líder moral de la organización. Debemos subrayar que no es sino gracias al apoyo institucional de los partidos y al ingreso oficial y legal del PRD a la competencia política como pudo ser eficaz haber escogido la confrontación.

Ésta acabó por entrar en el interés colectivo del conjunto de la élite partidista, que consistía en emprender el deslinde del partido. Pregonar un rechazo del *conjunto* de las reglas del juego político,⁴⁰ con la única excepción de existir como partido político, indicaba en realidad la reivindicación de la existencia del partido, su negativa a pertenecer al sistema oficial, cosa que fue tanto más importante por cuanto Cárdenas y los dirigentes de la Corriente Democrática provenían del PRI: se trataba de hacer olvidar los orígenes del PRD, al retomar las armas del sistema para volverlas contra él. Esto explica en parte porqué los moderados del partido “cerraron los ojos” ante la difusión de una imagen violenta e in-

⁴⁰ Éstas comprenden no sólo las reglas formales de la apuesta electoral —como por ejemplo el hecho de participar en la elaboración de las reformas electorales— sino también las reglas exteriores en el marco de la competencia: como el reconocimiento tácito de la legitimidad del gobierno en funciones.

transigente del PRD; la razón esencial de ello era que estas personas habían tenido el control de las posiciones de poder en el partido: la línea de acción radical no restaba nada al poder de los ex priistas y a los miembros de la izquierda institucional que controlaban el aparato partidista.

II. La configuración de las alianzas frente a las apuestas de poder (1993-1997)

Las tensiones y los desacuerdos, y hasta las rupturas que han sacudido al PRD se derivan de la diversidad interna de las nuevas élites que participaron activamente en la construcción de éste. La constitución de los grupos puede ser interpretada a partir de su grado de politización. Desde esta perspectiva, debemos reconsiderar la oposición que espontáneamente vendría a la mente de los ex militantes del partido hegemónico y de las élites de la izquierda parlamentaria, pues la división real entre ellos reside en otra parte. La salida de Cárdenas de la dirección del Comité Ejecutivo Nacional del partido marcó una segunda etapa importante en la vida partidista, como lo fueron la elección de Porfirio Muñoz Ledo en 1993 y la de Andrés Manuel López Obrador en 1996 a la presidencia del partido. El estudio de estos acontecimientos debe llevar a un esclarecimiento de la evolución de los recursos de cada actor y de la configuración de las alianzas entre los diversos actores, en donde eran crecientes los compromisos políticos dentro del PRD.

Los alineamientos internos en 1993: la cristalización en torno a los capitales originarios

Son dos los acontecimientos más destacados que precipitaron la polarización de los grupos internos y la constitución de alianzas en torno a personalidades fuertes: el lanzamiento precoz de la candidatura de Cárdenas en la campaña presidencial de 1994 y el vacío consecutivo en la presidencia del PRD. En efecto, la principal consecuencia de la dimisión de Cuauhtémoc Cárdenas, en febrero de 1993, fue que puso en claro el estado de las relaciones de fuerza entre los diferentes grupos del partido. La elección interna del nuevo presidente del PRD, organizada durante el Segundo Congreso Nacional, proporcionó la ocasión para que tres grandes personalidades políticas del partido, Porfirio Muñoz Ledo, Mario Saucedo y Heberto Castillo, manifestaran su estatura de aspirantes sobresalientes a la sucesión.

En el transcurso de tres años, el partido había empezado a estructurar sus espacios internos y a manifestar su presencia en el mercado nacio-

nal y regional de los puestos electivos. El PRD, por el solo hecho de existir legalmente, constituía una nueva estructura de oportunidades susceptible de incorporar nuevas élites al campo político nacional, de satisfacer las ambiciones de ascenso social y político de muchos líderes de opinión y de crear, sobre todo, nuevas expectativas entre los militantes. La elección del nuevo presidente del PRD fue la ocasión de un primer distanciamiento del fundador respecto de la organización política y, de hecho, señaló el ingreso del partido en su segunda fase de institucionalización, tres años después de ser fundado y de su reconocimiento legal. En suma, la salida de Cárdenas del CEN del PRD implicaba la primera formalización de una diferenciación entre el líder, y el otra vez competidor en la carrera presidencial.

En general, los estudios realizados sobre el proceso de formación del PRD, y en particular sobre la composición heterogénea de su dirección, han definido las discrepancias a partir de los posicionamientos ideológicos de los diferentes grupos y de su relación con el poder. Vinculado con la elección interna del sucesor de Cárdenas a la presidencia del partido, este enfoque parece satisfactorio a primera vista: miembro distinguido de la clase política priista desde el sexenio de Luis Echeverría (1970-1976), el presidente del PRD elegido en julio de 1993, Porfirio Muñoz Ledo, ganó sobre Mario Saucedo, su principal adversario y jefe de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), cuyos líderes provenían mayoritariamente de la guerrilla que operaba en el estado de Guerrero en los años setenta.

El Arco Iris: la coalición triunfante

La orientación ideológica de las diferentes élites puede bastar para comprender la oposición de los dos principales adversarios por la presidencia del partido, pero ello no constituye el mejor enfoque para entender la constitución y, sobre todo, la amplitud de las alianzas, especialmente la de Porfirio Muñoz Ledo. En efecto, si el conjunto de los sectores de la izquierda mexicana formaban el cimiento del PRD, ¿cómo explicar la amplia victoria de Muñoz Ledo, ex presidente del PRI? Pueden resituirse las líneas de divergencia si se procede con otra división, distinguiendo la izquierda institucional de los partidos de la izquierda de los movimientos sociales, con base en el grado variable de politización de estas organizaciones y de participación en la vida electoral del país.

Este enfoque permite comprender a la vez cómo la coalición de Porfirio Muñoz Ledo fue vencedora y por qué Heberto Castillo, ex dirigente del PMT (Partido Mexicano de los Trabajadores), un partido de izquierda legalizado en 1985, mantuvo su candidatura hasta el último momento y

se negó a desistir en favor de Mario Saucedo. Si la primera etapa de formación del PRD estuvo dominada por el fundador del movimiento de oposición, al otorgar, por cierto, posiciones en contrapartida a los grupos de apoyo, la segunda, que correspondió a un distanciamiento institucional de Cárdenas, dio lugar a un proceso de polarización entre los grupos, que Porfirio Muñoz Ledo identificó como tres corrientes:

Existe la posición radical en el discurso y en los hechos. Son los líderes de los movimientos populares, los miembros del PRD que rechazan el diálogo con el gobierno. Luego sigue la posición radical en la forma, pero transigente en el fondo. Por último, la posición que es la mía, y que es una combinación de firmeza en los discursos y de apertura en la negociación.⁴¹

Porfirio Muñoz Ledo fue elegido presidente del PRD con 45% de los votos expresados por los 1 559 delegados al Segundo Congreso Nacional del PRD.⁴² Denominado “Arco Iris” por la diversidad de sus corrientes, la coalición formada para apoyar la candidatura de Muñoz Ledo estaba integrada por dos grupos principales: la mayoría de los ex militantes priistas de la Corriente Democrática, entre ellos Cuauhtémoc Cárdenas, y los dirigentes del PMS (Partido Mexicano Socialista) procedentes del PCM (Partido Comunista Mexicano).⁴³ Por tanto, se trata de una alianza estratégica entre grupos que al parecer todo separaba, pero una alianza en torno a una candidatura que representaba la mejor opción para todos.⁴⁴ El capital político acumulado por Porfirio Muñoz Ledo era extremadamente rico. Por más de 20 años, éste se ha socializado y politizado en los circuitos del poder;⁴⁵ amigo o conocido de la mayor parte de los altos funcionarios, senador y miembro del Comité Ejecutivo Nacional del PRD entre 1989 y 1993; el aspirante a la presidencia del PRD contaba con una experiencia considerable y, sobre todo, presentaba la ventaja de disponer de un volumen de información muy significativo.

Si el pasado político del candidato lo acercaba a los miembros de la Corriente Democrática, sus posiciones conciliadoras ante el gobierno

⁴¹ Entrevista con Porfirio Muñoz Ledo en el Senado, 8 de febrero de 1991.

⁴² Mario Saucedo obtuvo la segunda posición con 26% de los votos, y Heberto Castillo la tercera, con 24 por ciento.

⁴³ Sin embargo, un importante dirigente del PCM, Arnoldo Martínez Verdugo, se mantuvo al margen de la alianza.

⁴⁴ Otros grupos integraron el Arco Iris, en especial ex militantes del PST y los grupos de intelectuales reunidos en la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), el grupo llamado “los puntos”, dirigido por Raúl Álvarez Garín y Marco Rascón.

⁴⁵ Porfirio Muñoz Ledo había adoptado la posición menos radical con respecto al régimen, al aceptar el diálogo y la negociación. Él fue el único que se sentó a una mesa de negociación con Carlos Salinas de Gortari.

no se alejaban demasiado de las de los comunistas. En otros términos, las pasarelas tendidas entre estos dos grupos derivaban de una concepción y de una práctica semejantes al vínculo con las instituciones del país, a saber, la aceptación fundamental de las reglas del juego político vigentes en el sistema de partido hegemónico. La explicación del apoyo de los ex priistas de la Corriente Democrática a la candidatura de Porfirio Muñoz Ledo aparece al reconstituir *la anterioridad* de los lazos que unían a estos grupos con el candidato.⁴⁶ Otros apoyos son aún más antiguos: el grupo más sólidamente aliado a Muñoz Ledo dentro del Arco Iris se compone de miembros de su propio grupo, formado mucho antes de la fundación de la Corriente Democrática en 1986.⁴⁷ Estos actores constituyen el grupo restringido de colaboradores que siguen a su jefe a lo largo de su carrera política. Apoyado por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo obtiene igualmente el apoyo del grupo político del presidente saliente: por fidelidad, solidaridad y disciplina de grupo, los colaboradores de Cárdenas se unen al Arco Iris. Si ciertos colegas y amigos de Cárdenas se remontan a los tiempos del MLN (Movimiento de Liberación Nacional),⁴⁸ los “hombres de confianza” del líder forman en su mayoría un grupo constituido a partir de la experiencia del poder local que tuvo Cárdenas entre 1980 y 1986, cuando era gobernador de Michoacán.⁴⁹

La proximidad al poder de los miembros de la Corriente Democrática y su experiencia militante adquirida en el seno del PRI, predisponían mucho a estas personas a construir una oposición política dentro de los

⁴⁶ Entre los miembros aliados desde 1986 a Porfirio Muñoz Ledo estaban Raúl Castellanos, Ignacio Castillo Mena, Moisés Rivera y César Buenrostro.

⁴⁷ Se trata en especial de Ifigenia Martínez, quien trabajó en la ONU entre 1980 y 1982, cuando Porfirio Muñoz Ledo era representante permanente ante esta institución; y de Ricardo Valero Becerra, quien presidió la Comisión Nacional de Edición del PRI de 1975 a 1976 y fue secretario de la Comisión de Ideología del Comité Ejecutivo Nacional del PRI de 1975 a 1977, cuando Muñoz Ledo era presidente del partido.

⁴⁸ Como Celia Torres Chavarría, militante del PPS. El MLN apareció en 1961 por la iniciativa de Lázaro Cárdenas para apoyar al nuevo gobierno revolucionario de Fidel Castro. Para detalles, véase el capítulo “The Cardenistas and the independent communist left”, en Kathleen Bruhn, *Taking on Goliath. The Emergency of a New Cardenista Party and the Struggle for Democracy*, Stanford, Stanford University, junio, 1993, pp. 64-68, tesis de grado.

⁴⁹ Roberto Robles Garnica fue secretario de Gobierno en Michoacán de 1980 a 1982, y Francisco Curi Pérez Fernández, originario de ese estado, trabajó en el Centro de Estudios Políticos del PRI local; fue secretario general del Comité de Dirección Estatal del partido y tomó parte en el gobierno; por último, Leonel Godoy, fue director jurídico (1980-1983) en el gobierno de Michoacán, subsecretario de Justicia (1983-1985) y secretario general de Gobierno (1985-1986), asimismo fue miembro del Comité de Dirección estatal del PRI, encargado de la capacitación política (1981-1984).

límites de la institucionalidad del sistema de partidos actualmente en vigor en México, posición que el candidato Muñoz Ledo era el más capaz de defender. Así, Cuauhtémoc Cárdenas apoyó la coalición dotada de capitales políticos importantes, la Arco Iris, aquella que, al defender la posición conciliadora con respecto al régimen, es la opuesta a la línea radical defendida por el líder moral del partido. “Esta colusión” muestra que no existe incompatibilidad de fondo entre las dos posiciones fuertes predominantes en el PRD cuando se trata del control de la organización política.

La inclinación de los dirigentes comunistas a unirse al Arco Iris debe asociarse a la evolución del Partido Comunista Mexicano y al pasado específico de estos dirigentes. En los años setenta había una importante división entre la izquierda reformista, conducida por los comunistas, y la izquierda revolucionaria latinoamericana, que apelaba a la lucha armada y actuaba en la ilegalidad. Influidos por sus homólogos europeos, los comunistas de México fueron los primeros miembros de la oposición en manifestar su voluntad de participar en el debate sobre la reforma electoral de 1976 y en entrar al Congreso de la Unión, cosa que lograron.⁵⁰ Así, el apoyo aportado por los comunistas se explica, en primer lugar, porque hicieron que su lucha entrara en el marco del sistema de partidos, y por este hecho se institucionalizó su relación con las autoridades en el poder.⁵¹

Sin entrar en el detalle de la evolución compleja de los partidos de izquierda durante los años ochenta, basta decir que la unión de los partidos tuvo lugar en tres etapas. La primera comenzó con la formación de una coalición de izquierda para las elecciones legislativas de 1979 bajo la égida del PCM. Esta coalición se materializó en 1981 con la creación del PSUM (Partido Socialista Unificado de México), al cual se agregó el MAP (Movimiento de Acción Popular), organización que fue creada precisamente para promover al PSUM. La segunda etapa que precedió al PRD es la creación del Partido Mexicano Socialista, en 1987, que reunía el conjunto de partidos que formaban el PSUM desde 1981, así como al Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) de Heberto Castillo; al grupo de Unidad de la Izquierda Comunista, al Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y al Partido Patriótico Revolucionario (PPR): estas nuevas organizaciones no tenían registro legal y sostenían una posición ideoló-

⁵⁰ El PCM obtuvo su registro legal en 1979, después de haber ganado 5% de los sufragios en las elecciones legislativas del mismo año.

⁵¹ Los comunistas “temían más que cualquiera la violencia, las confrontaciones y la salida a las calles”. Entrevista con Humberto Zazueta, subsecretario general del PRD, 27 de marzo de 1996.

gica radical. De este modo, la formación del PMS en 1987 muestra precisamente que un número más importante de actores aceptó entrar en el sistema institucionalizado de la competencia electoral.

Los líderes comunistas a que nos referimos, forman la corriente dominante de las organizaciones partidistas de izquierda anteriores a la fundación del PRD. Los dirigentes comunistas, en especial Gilberto Rincón Gallardo, fueron los principales impulsores de la unión de la izquierda, desde inicios de los ochenta.⁵² Dominado por los comunistas en 1987, el PMS se fusionó en 1989 con el PRD, en una nueva tentativa de unión y de agrupación de una izquierda institucionalizada en el seno de un partido político más adaptado a la realidad del momento, es decir, a la izquierda de Cuauhtémoc Cárdenas. Por lo demás, el capital político de los dirigentes comunistas es considerable. Caracterizados por su militancia activa y duradera,⁵³ la mayor parte de estos actores han ocupado además puestos de dirección de primer orden: Gilberto Rincón Gallardo fue miembro fundador del PSUM en 1981 y presidente del PMS de 1987 a 1989; Amalia García formó parte del Comité Central del PCM y fue, asimismo, cofundadora del PSUM; Alejandro Encinas dirigió el PCM en el estado de Zacatecas. Por último, la presencia insoslayable de los comunistas en la palestra política, antes de 1989, implica que estos dirigentes ya habían entrado en interacción con los miembros de la clase política priista. Ilustremos este punto con dos comentarios: Porfirio Muñoz Ledo ha reconocido que Gilberto Rincón Gallardo era su "amigo",⁵⁴ y el PRD debe su existencia legal al PMS y a su presidente Rincón Gallardo, quien, en 1987, cedió al nuevo partido su registro legal.

En definitiva, la coalición Arco Iris ha constituido una alianza estratégica para defender la construcción de una oposición institucionalizada, pragmática en sus relaciones con el poder, y que actúa dentro de la legalidad. Si los miembros de la coalición veían en Porfirio Muñoz Ledo el mejor "triunfo" para hacer avanzar al PRD en la palestra política, el candidato presidencial había encontrado en esta alianza, asimismo, las bases sociales de una Corriente Democrática a la cual "le faltaba una estructuración orgánica y nacional".⁵⁵ El alineamiento de la fracción comunista

⁵² El PCM se había unido en 1981 con otros partidos de izquierda para formar el PSUM y, luego, crear en 1987 el PMS.

⁵³ Gilberto Rincón Gallardo militó en las filas del Partido Comunista Mexicano de 1963 a 1981, y fue preso político de 1968 a 1971. Amalia García Medina militó en las juventudes comunistas mexicanas, fue miembro del comité de familias de presos, perseguidos y desaparecidos políticos y cofundadora del Frente Nacional para la Liberación y los Derechos de la Mujer para la Democracia.

⁵⁴ Entrevista con Porfirio Muñoz Ledo, París, 20 de marzo de 1990.

⁵⁵ *Idem.*

del PMS rellenó las lagunas sociales de la Corriente Democrática al aportar sus recursos. Ésta hizo del Arco Iris una coalición ganadora.

Los capitales diferenciados de Heberto Castillo

La candidatura autónoma de Heberto Castillo debe también ponerse en relación con el volumen de los capitales adquiridos por este ilustre personaje de la izquierda; tercer aspirante de peso a la presidencia del partido, era un preclaro político de la izquierda mexicana. Hombre respetado por su militancia asidua y su determinación política,⁵⁶ poseía un capital de envergadura y contaba con una amplia experiencia como dirigente de partido.⁵⁷ El mantenimiento de su candidatura hasta el fin del proceso estaba estrechamente ligado a su concepción personal de la práctica política. Caracterizado por su ambición política y sus actitudes de caudillo, se le consideraba como el “dueño” del partido que había fundado, el PMT (Partido Mexicano de los Trabajadores).⁵⁸

Pero las razones de este mantenimiento van más allá de su ambición. Heberto Castillo fue uno de los principales motores de la unión de la izquierda mexicana; promovió la fusión de los partidos de izquierda en el Partido Mexicano Socialista en 1989. El militante era ambicioso, pero también contaba con un capital personal considerable como líder de izquierda, reconocido y respetado, y jefe de partido por más de 20 años: este capital constituía los recursos suficientes para proponer su candidatura y para competir con el líder Cárdenas, cuya aparición en “sus” circuitos era repentina. Candidato original del PMS para las elecciones presidenciales de 1988, en un primer momento Heberto Castillo se negó a retirarse en favor de Cuauhtémoc Cárdenas, y acabó por hacerlo apenas un mes antes de las elecciones. Las posiciones de Heberto Castillo respecto del régimen, pero también respecto de los movimientos sociales o armados, como el del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), fueron ambivalentes, y fue criticado por su inconsistencia y por sus “virajes de 90 grados” por los miembros del equipo de Saucedo.

Heberto Castillo pretendía encarnar una opción alternativa *dentro* de la izquierda política y al margen del liderazgo de Cárdenas, su competidor inmediato. Su candidatura fue apoyada por dos corrientes diferentes que compartían con él un sentimiento de animosidad respecto de Cárdenas, a quien se le reprochaba el ejercicio de un poder demasiado

⁵⁶ Secretario particular de Lázaro Cárdenas y coordinador del Movimiento de Liberación Nacional (1959-1964), fue preso político en 1968.

⁵⁷ Fue cofundador y secretario general del PMT y diputado de 1985 a 1988.

⁵⁸ El PMT alcanzó su registro en 1985, y en 1987 se fusionó con el PMS.

personal; estos grupos fueron los militantes del PMT que se pasaron al PRD siguiendo a su antiguo líder, y una fracción de la Corriente Democrática dirigida por Cristóbal Arias.⁵⁹ Al unirse a Heberto Castillo, Cristóbal Arias quitó a la coalición ganadora el apoyo de las bases de Michoacán, las únicas verdaderamente sólidas que poseía entonces la Corriente Democrática en todo el país. A raíz de la elección de Porfirio Muñoz Ledo, Heberto Castillo se deslindó aún más claramente de la dirección nacional del PRD y reforzó la identidad de su grupo al crear una corriente interna que denominó “Corriente por el Cambio Democrático”.

“Trisecta” y “Six-Pack”: el capital social de los movimientos de izquierda

Dirigente de una organización revolucionaria, la ACNR, Mario Saucedo encarnaba la izquierda social y nacionalista que tradicionalmente se mantuvo al margen de los partidos políticos y del marco institucional de competencia electoral. Las agrupaciones que mantuvieron su candidatura se distinguen sobre todo de la coalición Arco Iris por su concepto particular de las organizaciones sociales: tal como la describía uno de los miembros de la ACNR, esta coalición consideraba a las organizaciones sociales como una “fuente de votos utilitarios” para el partido, mientras que el grupo de Mario Saucedo consideraba, por el contrario, al partido como “el instrumento de la sociedad y de las organizaciones sociales”.⁶⁰

El apoyo concedido a la candidatura de Mario Saucedo a la presidencia del PRD encuentra sus raíces en un agrupamiento de tres organizaciones radicales de izquierda, llamado la “Trisecta”:⁶¹ la ACNR, dirigida de 1983 a 1988 por Mario Saucedo,⁶² el MRP (Movimiento Revolucionario del Pueblo) y el PPR (Partido Patriótico Revolucionario). Aunque el capital social de estas organizaciones es predominante, debemos recordar que el MRP y el PPR se habían adherido al PMS en 1987 y que, por tanto, sus dirigentes ya habían buscado implantarse en un partido. Otras tres

⁵⁹ La rivalidad entre Cuauhtémoc Cárdenas y Cristóbal Arias se acentuó en 1992, cuando se trataba de escoger al candidato del PRD a la gubernatura de Michoacán: Cárdenas apoyó la candidatura interna de Roberto Robles Garnica, cuyas redes locales entraban en competencia con los grupos de apoyo del otro candidato.

⁶⁰ Entrevista con Humberto Zazueta, 27 de marzo de 1996.

⁶¹ El autor de la expresión es Juan Nicasio Guerra Ochoa, miembro del PPR, quien habría dicho por casualidad: “somos un trío de sectas”. Conversación con varios miembros del CEN del PRD, 4 de abril de 1995.

⁶² Mario Saucedo proviene de la Unión Revolucionaria Independiente (URI) del estado de Jalisco, la cual dirigió en los años ochenta.

organizaciones se incorporaron a la alianza: la OIR-LM (Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas), la UR (Unión Revolucionaria) y el grupo de René Bejarano, llamado “Los Renés”.⁶³ A los seis grupos se les denominó como la “Pluri-secta”, o también como el “*Six-Pack*”, pero ellos se autonombaban como Convergencia Democrática. No conservemos de estos calificativos sus nombres, sino la expresión de una voluntad, la de identificar y de singularizar esta fracción del PRD. Con la excepción de la ACNR, en ese momento, estas organizaciones contrajeron alianzas electorales con los partidos legales. Desde este punto de vista, la distinción entre la izquierda social y la izquierda política no es tan radical. En realidad, la diferenciación de los dos grupos no depende tanto de la existencia o no de interacciones como de modos de desarrollo y de implantación en ciertos sectores de la sociedad mexicana.

Aparecen entonces dos características importantes de estas asociaciones: su objetivo es la agrupación nacional de organizaciones consolidadas sólo en algunos estados; su riqueza es la acumulación de un capital social fundado en el arraigo sectorial de tales grupos, principalmente en las organizaciones sociales y populares. La ACNR constituye, desde la primera perspectiva, un modelo de agrupamiento nacional. La reorganización del movimiento a principios de los ochenta, en concordancia con la renuncia a la lucha armada, fue la ocasión de manifestar la intención de sus dirigentes de unir en el plano nacional, diversas organizaciones establecidas en diferentes estados, principalmente en Guerrero, Jalisco y la región septentrional de México (La Laguna). Apelando a la izquierda revolucionaria⁶⁴ y dirigido por ex guerrilleros maoístas, el MRP, creado en 1981, pretendía asimismo formar una estructura orgánica nacional y constituir un movimiento federativo de diversos agrupamientos repartidos en diferentes estados.

En cambio, los otros agrupamientos se caracterizaron por su dimensión regional. El PPR, fundado a partir del rechazo de la lucha armada y que alimentaba la ambición de ser una organización política,⁶⁵ se consolidó en un solo estado, Sinaloa, de donde son originarios sus dirigentes. La OIR-LM, constituida en la ciudad de México en 1982, es una organización regional implantada en el norte del país y en el estado de Veracruz,

⁶³ La expresión es indicativa del alto grado de personalización del grupo en torno a su dirigente.

⁶⁴ El MRP se había planteado como meta la multiplicación de sus fuerzas “organizando la revolución ininterrumpida” para construir el “gran partido revolucionario del proletariado”.

⁶⁵ Habiendo tenido su origen en la “Liga Comunista 23 de Septiembre” y en la “Corriente Socialista”, los dirigentes de la organización cambiaron su nombre en 1985.

mientras que el poder de René Bejarano se concentró en el estado de Puebla y en el Distrito Federal. En definitiva, las tentativas de asimilar, en el plano nacional, a los movimientos regionales se proponen reproducir una estructura orgánica semejante a la de los partidos políticos. Si los partidos tratan de captar votos y electores, estos movimientos, en cambio, se concentran más en los grupos de interés socio-profesionales. En este sentido, los “triumfos” concretos de esta izquierda social provienen más bien de su arraigo sectorial, y hasta corporativo. En efecto, a cada asociación corresponde una fuerza particular en un sector productivo. La ACNR es influyente en la Asamblea de Barrios, asociación muy poderosa en el Valle de México, y el MRP, fundador de la Unión de Colonias Populares, posee un capital social considerable en los sectores urbanos,⁶⁶ pues sus principales dirigentes son todos responsables de organizaciones de base. El PPR controla una organización social muy importante desde 1993: El Barzón;⁶⁷ la OIR-LM influye en la Conamup (Coordinación Nacional de Movimientos Urbanos Populares)⁶⁸ y en el sindicato de maestros; y el grupo de René Bejarano controla sobre todo, en la ciudad de México, la Unión Popular “Nueva Tenochtitlán”. El Movimiento Urbano Popular (MUP) hizo su primera aparición en 1981 con la creación de la Coordinación Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup);⁶⁹ algunas corrientes de ésta han aceptado participar en ciertas elecciones.⁷⁰

La división del trabajo político

La elección de Porfirio Muñoz Ledo a la presidencia del partido marcó una primera división de las tareas políticas entre los diferentes actores. Cuando se convirtió en presidente del PRD, en julio de 1993, más de las tres cuartas partes de los puestos del Comité Ejecutivo Nacional estaba en manos de sus aliados. En 1993, el CEN estaba más estructurado y se

⁶⁶ El MRP es el producto de una fusión de cuatro organizaciones: la Unión de Barrios Populares, la Unión de Trabajadores del Valle de México, la Unión para la Organización del Movimiento Estudiantil y el Frente del Pueblo Unido de Baja California.

⁶⁷ Héctor Ramírez Cuéllar dirigía El Barzón Metropolitano, y Camilo Valenzuela dirige esta organización nacional en 1995. Nacido de una movilización contra la extensión de deudas bancarias impagables, El Barzón se ha difundido sectorialmente y extendido en el plano geográfico a partir de 1993. Ana Cristina Samperio, *Se nos reventó el Barzón. Radiografía del movimiento barzonista*, México, Edivisión, 1996.

⁶⁸ Véase Jorge Alonso (ed.), *Los movimientos sociales en el valle de México*, México, La Casa Chata, 1986.

⁶⁹ La Asamblea de Barrios se creó en 1987 como suborganización del MUP. Esta asamblea tiene un papel importante en la izquierda prerrealista de los noventa.

⁷⁰ Véase Julio Moguel, “La izquierda social en los espacios de la crisis”, *El Cotidiano*, núm. 37, septiembre-octubre, 1990, pp. 20-23.

había reducido a unas veinte personas.⁷¹ De los tres cargos con mayor jerarquía interna del partido —la presidencia, la secretaría general⁷² y la dirección administrativa—, Muñoz Ledo controlaba dos, y el tercero caía en su aliado Francisco Curi Pérez Fernández. Los grupos que en la alianza apoyaron al nuevo presidente, recibieron atribuciones que salían, en general, de su competencia. La fracción comunista obtiene dos puestos en el Comité Ejecutivo Nacional constituido en 1993, y cuatro a partir de 1994; estos puestos son la organización interna del partido, la acción legislativa y la acción electoral, confiada a Amalia García,⁷³ a Gilberto Rincón Gallardo y a Raymundo Cárdenas, respectivamente. Asimismo, les son confiadas las relaciones externas del partido, desde la secretaría de comunicación hasta la secretaría para las relaciones con el gobierno. Porfirio Muñoz Ledo nombró a sus aliados de la izquierda partidista en los puestos que competían a la construcción interna de la organización política.

Asimismo, la atribución de las responsabilidades en función de las capacidades dio sentido a las nominaciones de los miembros de la segunda fuerza aparecida en el Congreso Nacional de 1993, es decir a los dirigentes de las organizaciones sociales y populares. Así, la Secretaría de Asuntos Laborales incumbe a un dirigente de la Unión Revolucionaria, la de Movimientos Sociales a la OIR-LM, la de Derechos Humanos a un líder del MRP, y la de Prensa y Comunicación Social se confía a un miembro del PPR. En suma, los puestos aprovechan la experiencia partidista o legislativa de las personas, y se observa la existencia de una división del trabajo fundada en dos ejes: el social, orientado a las relaciones del partido con los movimientos sociales —lo que permite consolidar las bases del mismo—; y el político, derivado del sistema de partidos, las reformas electorales y los vínculos del partido con el gobierno.

Sin embargo, la estrategia de división del trabajo político condujo a la marginación de la tercera fuerza política interna, toda vez que el grupo de Castillo quedó prácticamente sin representación en el CEN. Además, la batalla de los “hebertistas” se perdió cuando Porfirio Muñoz Ledo se negó a ceder la presidencia del Consejo Nacional a Heberto

⁷¹ Véase el apartado 2 de los estatutos del partido: “De la organización, representación y dirección del partido”, México, PRD, 1993.

⁷² Atribuido al principal adversario de Porfirio Muñoz Ledo, Mario Saucedo, el puesto de secretario general fue creado como contrapeso a la presidencia del partido. Véase Leonardo Valdés, “Partido de la Revolución Democrática: the third option in Mexico”, en Neil Harvey y Mónica Serrano, *Party Politics in an “uncommon democracy”*. *Political parties and elections in Mexico*, Londres, The Institute of Latin American Studies Press, 1994, p. 66.

⁷³ Carlos Encinas, del mismo grupo, sustituyó a Amalia García en 1994.

Castillo, quien aspiraba a este puesto. Al nombrar a Pablo Gómez, Porfirio Muñoz Ledo se quitaba de encima definitivamente el riesgo de verse confrontado con dos fuerzas adversas, y obtuvo así un margen de maniobra más amplio. En definitiva, puso fuera de juego a una fuerza partidista, la de Heberto Castillo,⁷⁴ y permitió que los dirigentes de la izquierda de los movimientos sociales ocuparan un lugar de elección en la dirección nacional, con lo que aceleró la institucionalización política de las bases sociales del partido.

La formación de alianzas en 1993 nos enseña que, desde un principio, las polarizaciones reprodujeron las divergencias. Fundadas en la relación del conjunto de los actores con las reglas institucionalizadas del juego político-electoral, las tomas de posición concretas de éstos fueron determinadas, en gran medida, por el capital social y político acumulado por estos grupos y estos hombres, mucho antes de la constitución del PRD. Es importante subrayar que la polarización de los grupos en 1993, al reproducir las diferencias originarias, muestra que la pertenencia al partido político no influía todavía de manera sustancial en los alineamientos. Ahora bien, la nueva división del trabajo político hecha desde 1993, significó la concesión de posiciones de poder dentro del partido y de su espacio parlamentario, cuyo impacto en la configuración de los grupos entre 1993 y 1997 fue determinante.

*La presidencia de Andrés Manuel López Obrador:
formación y legitimación de un líder*

Desde el Tercer Congreso Nacional del PRD, que tuvo lugar en Oaxtepec, Morelos, en agosto de 1995, el PRD entró en un periodo de unidad que se consolidó con la elección de Andrés Manuel López Obrador para la presidencia del partido, el 14 de julio de 1996. Como lo formuló Ricardo Pascoe, vicepresidente de la Fundación para la Democracia y cercano consejero de Cárdenas, “el partido se definió ideológicamente a través de la elección de López Obrador”.⁷⁵ Cabe muy bien preguntarse sobre las condiciones objetivas internas que permitieron el triunfo de López Obrador, un hombre que, todavía un año antes de la elección, era un líder regional —dirigente del PRD en el estado de Tabasco— sin presencia concreta en la dirección nacional. Este líder no sólo ganó la elección contra dos contendientes de la izquierda parlamentaria tradicional (Amalia García y Heberto Castillo), sino que con ello se apaciguaron las tensiones internas entre los diferentes grupos. La tercera elección del presidente del Comité

⁷⁴ Heberto Castillo falleció en marzo de 1997.

⁷⁵ Entrevista con A. M. López Obrador, 28 de mayo de 1997.

Ejecutivo Nacional del PRD muestra con claridad que hubo una transformación en la estructura de alianzas internas que ahora debemos analizar.

La construcción de una diarquía

Cuauhtémoc Cárdenas, quien desde un principio intervino en la designación de la candidatura de López Obrador, desempeñó un papel predominante en la construcción de la alianza en favor de este candidato. Cárdenas, para apoyar esta candidatura, contaba en 1996 con los recursos y el poder necesario para su promoción, los cuales no estaban garantizados, en lo absoluto, luego de su fracaso en las elecciones presidenciales de 1994. Además, y esta cuestión no fue planteada lo suficiente, es legítimo preguntarse, en primer lugar, ¿cómo Cuauhtémoc Cárdenas, después de haber perdido dos elecciones presidenciales consecutivas y llevado a su partido a la derrota, pudo reunir las condiciones necesarias para *mantener* su liderazgo?

Después de las elecciones de 1994, Cárdenas tenía que recuperar una posición de fuerza para mantener su liderazgo. Desde que Ernesto Zedillo entró en funciones, Cárdenas aprovechó la oportunidad que le ofrecía la coyuntura de la crisis económica y pasó a la ofensiva reactivando su discurso radical, en contraste con la disposición al diálogo de la dirección del partido. Tal fue el inicio de lo que la prensa denominó la “más grave crisis interna” del PRD desde su creación. La propuesta de un “gobierno de salvación nacional”, proclamada por Cárdenas el 6 de enero de 1995; la exigencia de la constitución de un nuevo gobierno, la censura del programa económico y el anuncio, en febrero de 1995, de una serie de movilizaciones para rechazar el préstamo estadounidense de cuarenta mil millones de dólares “que no servirá más que para endeudar todavía más al país”, constituyeron los términos de la nueva ofensiva.

Las tomas de posición de Cárdenas respecto del sistema, y por tanto de su ambiente externo, deben relacionarse con las apuestas internas de la organización. Más allá de los posicionamientos y de las declaraciones, lo que emprendió Cárdenas no es otra cosa que una operación de *deslinde* de su posición con respecto a la dirección nacional del partido controlada por Porfirio Muñoz Ledo. En este sentido, la diferenciación de las posiciones de los dos actores ilustra el principio de la *construcción* de una “diarquía”.⁷⁶ Lo importante aquí no radica en lo que uno y otro dirigentes dijeron y denunciaron, sino en la *existencia misma* de una diarquía visible que polarizó las corrientes internas del partido. La

⁷⁶ Sobre la diarquía Cárdenas-Muñoz Ledo, véase el artículo de Rafael Segovia del 15 de agosto de 1997, en el periódico *Reforma*.

“crisis interna” del PRD, desde esta perspectiva, no es más que una reactivación de los grupos en competencia dentro del partido, lo que en sí forma la dinámica normal de un partido en actividad.

Por tanto, las discrepancias se reactivaron en 1995 por iniciativa de Cuauhtémoc Cárdenas, y éstas constituyen el antecedente inmediato —e incluso la razón— del Tercer Congreso Nacional del PRD, que tuvo lugar en Oaxtepec del 24 al 27 de agosto de 1995. El “problema central” debía resolverse ahí: definir la línea de acción del partido, su identidad, y optar por la negociación o por la confrontación con el gobierno. El Congreso era la manifestación institucional de la diarquía, y su realización iba a permitir determinar un “ganador”.

La resolución tomada en el Congreso Nacional fue la de la apertura al diálogo y del mantenimiento de la unidad partidista.⁷⁷ Se le dio carta blanca al presidente del partido, Porfirio Muñoz Ledo, a quien se le percibió como el “gran vencedor”. Sin embargo tal interpretación, fundada en los “resultados” de este Congreso, es funcionalista: si éste dio su aval para que el partido adoptara una posición conciliadora y moderada, en realidad su realización misma constituyó para Cuauhtémoc Cárdenas una victoria interna sin precedentes. La recuperación del liderazgo de Cárdenas alcanza su punto culminante cuando él reconoció sus errores: como la formación de un comité de campaña distinto del PRD en 1994. Al “ceder”, Cárdenas recuperaba su postura de gran conciliador, de símbolo de la unidad y presentaba así la imagen de un hombre dotado de un espíritu de sacrificio que priorizaba los intereses de la institución en detrimento de los personales. En realidad, Cárdenas había recobrado su liderazgo.

Es pertinente hacer algunos comentarios sobre las “transacciones colusivas”,⁷⁸ que, lejos de oponer a Porfirio Muñoz Ledo con Cuauhtémoc Cárdenas, por el contrario los reunía en una interacción estratégica de la cual ambos fueron beneficiarios. En efecto, recordemos que la unidad y el acuerdo de la línea de diálogo se habían resuelto *antes* del Congreso: fue Muñoz Ledo quien tuvo la iniciativa de proceder a la firma de un acuerdo de unidad, que fue aceptada, claro está, por Cuauhtémoc Cárdenas. Su principal rival le daba los medios de asumir su posición de gran conciliador y le confería un recurso nuevo para recobrar su lugar. La decisión de Cárdenas de sacrificar sus ideas en provecho de la unidad del partido fue una concesión adoptada desde el 15 de agosto de 1995, es decir, diez días antes de la celebración del Congreso.

⁷⁷ PRD, *Acuerdos generales del Tercer Congreso Nacional*, Oaxtepec, México, PRD, agosto, 1995.

⁷⁸ Hemos tomado esta expresión de Michel Dobry, *Sociologie des crises politiques*, París, FNSP, 1986, p. 110.

El Congreso constituyó una ceremonia de legitimación simbólica de los dirigentes del PRD y la consagración de su líder moral. Entonces se hace comprensible por qué Cárdenas dio después su apoyo a Cristóbal Arias a la candidatura al gobierno de Michoacán: al recuperar su posición de líder no le costaba nada, más bien al contrario, adoptar una actitud “institucional”, conciliadora hacia un adversario político. Por otro lado, las corrientes moderadas dominadas por el presidente del PRD ganaban también la partida: Porfirio Muñoz Ledo en la dirección nacional, Jesús Ortega como parlamentario y Heberto Castillo en la Cocopa (Comisión para la Concordia y la Pacificación, órgano camerado para la problemática de Chiapas), ocupaban posiciones a la vez centrales y diversificadas para llevar adelante el juego del partido en el marco de las reglas políticas institucionales y para distanciar al PRD del EZLN.⁷⁹

El análisis de la dimensión simbólica del Congreso de Oaxtepec alimenta también el debate teórico en torno a los partidos llamados carismáticos,⁸⁰ al invitar, especialmente, a cuestionar lo bien fundado de la “naturaleza” carismática de un dirigente. En efecto, la recuperación del liderazgo de Cárdenas significa que su carisma constituye un recurso no permanente, sino que, por el contrario, *fluctúa* dependiendo de las coyunturas; en este sentido, los “triumfos” carismáticos del líder se convierten en una *apuesta* en sí misma, y pueden constituir igualmente tanto un recurso como una limitación. Desde esta perspectiva, la “naturaleza” del carisma tiende a desaparecer. Si se admite que “la imagen de los líderes no opera por sí misma, sino en relación con una coyuntura dada”,⁸¹ entonces cabe poner en duda la distinción entre el carisma “puro” y el carisma llamado “situacional” —en el sentido de que este último caracteriza la aparición del liderazgo en coyunturas sociales o económicas de crisis—. ⁸² En otros términos, todos los carismas son de este tipo, pues las “situaciones” se caracterizan tanto por coyunturas de crisis como por rutinarias.

⁷⁹ Véase Jorge Fernández Menéndez, 28 de agosto de 1995, en *Unomásuno*.

⁸⁰ Véase especialmente la taxonomía de los partidos elaborada por Angelo Panebianco, que construye un “modelo genético de partidos” con base en tres factores que inciden en sus procesos de formación: una organización centralizada o, por el contrario, periférica, la presencia o la ausencia de un “patrocinador” externo, y el papel del carisma de los fundadores. Angelo Panebianco, *op. cit.*, pp. 50-52; para una crítica de su enfoque, véase Jean Charlot, “Political parties: towards a new theoretical synthesis”, *Political Studies*, vol. 37, 1989, pp. 360 y ss.

⁸¹ Alain Garrigou, “Conjecture politique et vote”, en Daniel Gaxie, *Explication du vote*, París, PENSF, 1989, p. 375.

⁸² Elaborada por Robert Tucker y retomada por Angelo Panebianco, la distinción entre carisma puro y situacional proviene, desde nuestra perspectiva, de una concepción demasiado rígida del carisma de un dirigente político. Véase Angelo Panebianco, *op. cit.*, p. 52.

Agreguemos, por último, que la recuperación del liderazgo de Cárdenas ilustra no sólo la satisfacción del interés personal del líder, sino también de los intereses sectoriales de grupos y, en última instancia, del partido. El reconocimiento del liderazgo de Cárdenas, promotor de la posición intransigente de las organizaciones sociales del partido, permitía canalizar a estos grupos radicales, con lo que se evitaba cualquier riesgo de desmoronamiento de la organización partidista: los grupos radicales, al quedar bajo el control del grupo cardenista, reducían la polaridad a dos grandes corrientes, que quedaban en manos de los actores políticos que contaban con el conocimiento y con la experiencia del juego institucional.

La invención de un líder de partido

La proyección de Andrés Manuel López Obrador a la presidencia nacional del PRD no es inteligible sin conocer el antecedente que constituye el Tercer Congreso Nacional de Oaxtepec, hecho simbólico de reafirmación del liderazgo cardenista. Cuauhtémoc Cárdenas y su equipo habían recobrado una posición de poder que les permitía lanzar a su candidato. La candidatura de López Obrador se vale de una nueva configuración de alianzas, y cabe preguntarse sobre dos fenómenos: por un lado, la posición de López Obrador ante las corrientes moderadas y, por el otro, su relación con los líderes de las organizaciones sociales y radicales.

En primer lugar, la candidatura de López Obrador ilustra un “golpe” de parte de Cuauhtémoc Cárdenas, al poner en competencia al grupo dominante de la organización manejado por Porfirio Muñoz Ledo. El juego de Cárdenas consistió, desde este punto de vista, en poner en competencia a un candidato que a la vez le era leal, ajeno a la corriente de Porfirio Muñoz Ledo, y dotado de importantes capitales políticos. Como ex priista, López Obrador contaba con una experiencia política considerable y, sobre todo, dirigía al PRD en uno de los dos estados en donde el partido tenía un fuerte arraigo. En este sentido, podemos hablar de la primera “candidatura de partido” en el PRD, encarnada en un hombre dotado de capitales partidistas regionales. Promotor de numerosas movilizaciones en el estado de Tabasco, Andrés Manuel López Obrador había atraído igualmente la simpatía de los dirigentes de organizaciones afiliadas al PRD,⁸³ sino que, además, fue propuesto por Armando Quintero, René Bejarano y Félix Salgado en diciembre de 1995 como candidato a la elección interna.

⁸³ López Obrador había adquirido una presencia nacional por la publicación de su libro sobre el proceso electoral de Tabasco en diciembre de 1995.

Seis candidatos se presentaron para la elección: Andrés Manuel López Obrador, Mario Saucedo (ambos cardenistas), Amalia García, Alejandro Encinas (de Arco Iris), Heberto Castillo y Jesús Ortega (independientes). Al final sólo López Obrador, Amalia García y Heberto Castillo quedaron en la contienda: tres dirigentes caracterizados por su experiencia partidista y conocimiento del juego institucional. El retiro de Mario Saucedo, quien cedió su candidatura en beneficio de López Obrador, significó la desaparición de cualquier competencia interna procedente de las corrientes de la izquierda de los movimientos sociales. En tal sentido, los apoyos recibidos por López Obrador en 1997 son muestra de una etapa esencial en el proceso de institucionalización del PRD. En efecto, a partir de esta elección, los grupos ya no se forman en función de los capitales iniciales, como fue el caso en 1993, sino de las apuestas políticas del PRD.⁸⁴ Además, este fenómeno está estrictamente ligado al impacto del otorgamiento de recursos partidistas y a la adquisición de posiciones de poder en el Comité Ejecutivo Nacional.

El proceso interno de politización de los recursos ganados por los dirigentes sociales merecería un estudio aparte, pero es importante insistir en el hecho de que los grupos sociales comienzan a modificar sus repertorios de acción al formar corrientes *políticas* dentro del PRD: fue así como, en 1993, René Bejarano creó la Corriente de la Izquierda Democrática (CID)⁸⁵ para apoyar la posición antisalinista de Cuauhtémoc Cárdenas; y como René Arce, secretario general del PRD-DF y líder de agrupaciones sociales territorializadas del Distrito Federal, formó en 1992 la Corriente de la Reforma Democrática (CRD).⁸⁶ La formalización de corrientes, su *reglamentación*, constituye un medio de tener acceso de manera proporcional a las posiciones de poder:⁸⁷ en realidad se trata de un ajuste de los recursos incorporados de estos grupos sociales a las formas impuestas por los modos de funcionamiento del partido.⁸⁸

⁸⁴ Este aspecto lo destaca Jean-François Prud'homme, "El PRD...", *op. cit.*, p. 18.

⁸⁵ La CID se constituye con la Unión Popular Nueva Tenochtitlán, la Unión Revolucionaria Emiliano Zapata y la Unidad de Colonias Populares.

⁸⁶ Sobre los movimientos sociales y su implantación histórica en la ciudad de México, véase Pablo González Casanova y Juan Manuel Ramírez Sáenz (eds.), *Distrito Federal: gobierno y sociedad civil*, México, El Caballito, 1987.

⁸⁷ La conversión institucional de estas corrientes fue subrayada por Juan Reyes del Campillo y Leonardo Valdés, "El PRD: su Congreso y la autodesignación de su candidato", en Leonardo Valdés, (ed.), *Elecciones y partidos políticos en México, 1993*, México, UAM-Iztapalapa, 1994, p. 205, y por Jean-François Prud'homme, "El PRD...", *op. cit.*, p. 18.

⁸⁸ Como indica Panebianco, es útil establecer una relación entre el grado de institucionalización de un partido y el de cohesión interna en su élite dirigente. Según este autor, cuanto más institucionalizado sea un partido, menos organizados formalmente

Andrés Manuel López Obrador ganó la elección con 76.3% de los sufragios en el plano nacional, contra 14.3% para Heberto Castillo y 9.3% de Amalia García.⁸⁹ Más allá de los resultados, son el mecanismo de la elección directa y su puesta en práctica los que merecen una especial atención. La elección directa es una práctica ya antigua en el seno del PRD, y los militantes de la Corriente Democrática ya reivindicaban la democratización de los procedimientos de elección del candidato del partido a las elecciones presidenciales por medio de la votación de los militantes. Desde su creación, la principal fuente de legitimación del partido fue la búsqueda del contacto directo con la sociedad de los electores. Las movilizaciones masivas en periodos de campaña electoral, las manifestaciones de protesta contra los delitos de fraude, el recurso al referéndum y la práctica de las elecciones abiertas para elegir a los gobernantes, eran las principales acciones del repertorio del partido.⁹⁰

Si en el caso que nos ocupa el mayor contingente de la participación provenía de Tabasco, una parte significativa procedía también de sectores en los que López Obrador era prácticamente desconocido, como Michoacán. Este fenómeno indica que la elección nacional constituyó un medio para evaluar la influencia de Cuauhtémoc Cárdenas en el territorio nacional.⁹¹ Al confirmar a los dirigentes en sus prerrogativas, este modo de participación política constituye también un medio de asegurar legitimidad y predominio; consolida la imagen de un partido no oligárquico y legítima, por lo mismo, a la institución política y a su monopolio de representación de los ciudadanos. Asimismo, la elección directa sirve a los intereses colectivos del partido, pues mitiga las deficiencias de la estructura interna de los afiliados mediante la reivindicación del número de militantes. Así, el PRD reivindica desde 1996 más de 1 300 000 mili-

estarán sus grupos internos; la constelación de corrientes internas en el PRD tendería, de tal modo, a indicar que el proceso de institucionalización de este partido entra, en la década de los noventa, en una etapa intermedia. Angelo Panebianco, *op. cit.*, pp. 60-61.

⁸⁹ Fuente: Comité General del Servicio Electoral del PRD, México, 21 de julio de 1996.

⁹⁰ La práctica de la elección directa estuvo presente en noviembre de 1995 en el estado de Michoacán para definir los candidatos al gobierno y a las alcaldías; en noviembre de 1996, en el estado de México; en junio de 1996, para escoger al presidente del PRD en el Distrito Federal, y en marzo de 1997 en el estado de Morelos. Fue por elección directa como se definió el candidato a la jefatura de gobierno de la ciudad de México en 1997, en la cual Cárdenas obtuvo 68.69% de los votos, contra 31.31% que obtuvo Porfirio Muñoz Ledo.

⁹¹ López Obrador reunió más de 80% de los votos en los estados de Tabasco, Querétaro, Oaxaca, Campeche, Nayarit, Yucatán y Morelos. Ganó la elección en todas partes, menos en cuatro estados; Amalia García ganó en Sonora, Baja California y Colima; Heberto Castillo venció en Guanajuato.

tantes en ese mismo año,⁹² y procede a la publicación y difusión regulares de un registro de sus afiliados.⁹³ Lo que se debe destacar es que es tan importante tener militantes como hacer creer que se les tiene. Así, la práctica de la elección directa es una manera de hacer visible una dimensión del partido, la de la militancia, y poco importa el número de los militantes reales o inscritos el día mismo de la elección.

Conclusión

Este análisis de la estructura del juego político en el PRD ha debido poner de relieve el hecho de que las discrepancias entre grupos se activan y se cristalizan en función de las apuestas de poder dentro del partido: la competencia entre los dirigentes se alimenta de las disputas para controlar la organización y para obtener el monopolio de la definición más legítima del partido. Contrariamente a los prejuicios, los grupos no están al servicio de reivindicaciones, sino que son justamente las reivindicaciones las que forman, por sí mismas, apuestas de poder. Por otra parte, las posturas y las estrategias de los actores no tienen sentido si no se relacionan con las disposiciones incorporadas de los mismos, es decir, con sus recursos, y se confrontan al espacio de competencia específico en la cual operan en un momento particular. Por último, es el volumen de los recursos políticos adquiridos por los actores y su grado consecutivo de *dependencia* ante la organización partidista, el que está al principio de la *variabilidad* de las alianzas entre 1992 y 1995. En suma, estos tres aspectos debieron ilustrar el *dinamismo* del proceso de institucionalización del PRD.

Hay que reconsiderar el impacto del liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas en la organización partidista, pues a menudo sus intereses individuales han beneficiado al partido, sin perjudicar jamás los intereses de los demás grupos, y *a fortiori* los de su principal competidor, Porfirio Muñoz Ledo. En la estructura de la relación partidista, los “golpes” de Cárdenas para mejorar su posición de poder han tenido efectos institucionalizantes en la organización y, por tanto, no constituyen un obstáculo para la institucionalización del PRD. Este planteamiento podría sobre-

⁹² Comité General del Servicio Electoral del PRD, 21 de julio de 1996.

⁹³ Según las fuentes del PRD, los militantes se encuentran en su mayoría en Michoacán (20.32%), Distrito Federal (11.5%), Estado de México (9.71%) y Veracruz (8.8%). Más de una tercera parte de los afiliados se reparten entre Michoacán y la ciudad de México, y más de la mitad se concentran en cuatro estados (51.1%): Michoacán, Distrito Federal, Estado de México y Tabasco.

saltar a algunos en la medida en que se admite comúnmente que el carisma de un líder fundador tiende a desaparecer conforme el partido se consolida y se burocratiza. En efecto, nada impide pensar que el carisma de Cuauhtémoc Cárdenas se vuelva rutinario con el tiempo, con la edad y, después, con el ejercicio del poder y que inevitablemente provoque su desaparición. Pero no se trata de eso:

Se espera haber mostrado que Cuauhtémoc Cárdenas no es el único dueño de su carisma. El “carisma” de un hombre no constituye un recurso “ya dado ahí”, innato; y supone, por el contrario, un trabajo constante de *mantenimiento* que compromete la participación activa de otros actores. En nuestro caso de estudio, es evidente que Cárdenas no habría recuperado tan rápidamente su liderazgo si los dirigentes de las organizaciones cívicas y sociales no hubieran seguido percibiendo al líder como su principal, y hasta única carta de acceso a los puestos de poder en el PRD. Cuauhtémoc Cárdenas ha sabido mantener su liderazgo al aprovechar las rivalidades entre los grupos: su juego político ha permitido mantener un diferencial de recursos, reactivar la competencia interna y no dejar el poder sólo en las manos de los políticos moderados. Ciertamente, tenemos ahí un *efecto objetivo* de estrategias que va más allá —por mucho— de las intenciones de los actores, y que nos ubica en el corazón de la dinámica de la institucionalización, tan bien descrita en *La construcción social de la realidad*.

Recibido en septiembre de 1997

Revisado en febrero de 1998

Correspondencia: Oficina de Prensa y Comunicación/Embajada de Francia/Campos Eliseos 32/Polanco 11560/México, D. F./tel. 282 97 32/e-mail anne.pivron@diplomatic.fr